

## **IMITAR A JESUCRISTO Y SERLE SEMEJANTE**

El proyecto propio de seguimiento de Cristo que cada fundador recibe de Dios y que lo plasma en las Constituciones se funda en la fe y en la confianza de que Jesús es *el camino* para llegar al Padre: «Nadie va al Padre sino por Mí» (Jn 14, 6). Y también en la seguridad de que Cristo es “imagen de Dios” (2Cor 4, 4). Nuestro deseo de asemejarnos a Cristo ya aquí en la tierra es, pues, con el fin de parecernos a Dios y poder gozar de su felicidad y bienaventuranza eterna, ya ahora en este mundo, a pesar de nuestras limitaciones e imperfecciones y, después de esta vida, plenamente en el cielo, que es el fin último y la meta de la existencia del cristiano.

Como todo fundador, los hermanos Castañer, son objeto de una invasión del Espíritu de Jesús, que se aparece ante ellos, según consta en las Constituciones de 1865, como un Esposo humillado. Este Cristo humillado, para Marcos y Gertrudis, aparece cuando entrega su voluntad al Padre desde el primer momento de su llegada a este mundo (cf. Hb 10). Así vemos que se señala en las Instrucciones, de manera especial en todo el capítulo VI (Instr. 38-45).

En esta clave de la imitación de Cristo se mueven los fundadores, pues así se refleja en todos sus escritos: Constituciones de 1865, Instrucciones y la Sucinta Memoria, al igual que en los textos encontrados en el Archivo General de la Congregación.

Pero, para la realización de este trabajo, he tomado como principal referencia el capítulo VIII de las Instrucciones: «La Hermana viene para imitar a Jesucristo y serle semejante». A partir de ahí he desarrollado todos los demás puntos tratando de reorganizarlos: la Hermana viene para mortificarse, la Hermana no viene para hacer su voluntad, la Hermana viene para llevar la cruz, la Hermana viene para trabajar, etc. Como complemento y apoyo he cogido textos de otros escritos fundacionales y posteriores a los fundadores. Para Marcos, imitar a Jesucristo no era un simple consejo, sino un precepto que nos da el Señor, pues nos dice: «Aprended de mí» (Mt 11,29).

Todo este deseo de imitación a Jesucristo, que los fundadores trataron de transmitirnos, es porque sabían que el ser humano camina en constante búsqueda de sentido. Su autoconciencia humana remite siempre a una trascendencia. No somos seres conformes en vivir entre las cosas y los otros, necesitamos auto-transcendernos. Saber cuáles son las razones últimas de nuestro ser y nuestro actuar. Como diría Pascal, *el hombre trasciende infinitamente al hombre*, es decir, el ser humano remite siempre a una realidad más allá de sí mismo, hacia algo, hacia alguien, y a esa capacidad es a lo que llamamos trascendencia. En esta búsqueda es donde el hombre es capaz de descubrir que Cristo, como Hijo de Dios hecho hombre, es el modelo para llegar al

Padre. Por tanto, es el modelo a imitar y a seguir para conseguir la meta de plenitud a la que aspira todo ser humano.

Este tema de la imitación no ha de extrañar en la sociedad actual, ya que el hombre busca la perfección imitando modelos de lo que considera lo perfecto. Por eso se mueve en constantes mimetismos, aunque muchas veces lo hace por caminos erróneos. Eso es lo que les pasa sobre todo a los adolescentes y a los jóvenes, que por su psicología son fundamentalmente miméticos. Su mimetismo, por tanto, no deja de ser una manifestación más de la búsqueda de sentido a la vida que todo individuo lleva inscrito en su ser como su necesidad más radical.

Mas la búsqueda de la perfección y la necesidad de dar con el sentido de la vida requiere constancia, firmeza, prudencia, criterio, etc.; es decir, se necesitan una serie de virtudes que ayuden al individuo a poder discernir cada uno de sus actos, y a ser capaces de proponerse con claridad el bien que se quiere realizar y evitar el mal que se aborrece.

Y, además de estas virtudes, que podríamos llamar naturales, dado que para realizar el bien que el individuo quiere y evitar el mal que aborrece, es fácil caer en la cuenta, por la propia experiencia de cada uno, de que se necesita una fuerza (sobrenatural). Una fuerza que dé vigor a las fuerzas naturales. Se necesita, pues, la gracia sobrenatural de la que habla Jesús en el evangelio y que siempre planteó como necesaria la moral cristiana. Esa gracia sobrenatural se concreta en lo que llamamos las virtudes teologales.

Marcos y Gertrudis trataron de vivir constantemente una vida virtuosa que les condujera hacia la perfección. Pero a la hora de vivir su opción como consagrados quisieron destacar tres virtudes que debían favorecer para poder entrar en la vida religiosa como, más tarde, el Concilio Vaticano II destacaría. Sin ellas, nos decía Marcos, no es posible vivir el evangelio en toda su radicalidad. Es por lo que dedicamos un apartado a cada una de estas virtudes: la humildad, la mortificación y la paciencia.

Imitar a Jesucristo es posible de diferentes modos. De hecho, en los evangelios es fácil observar cómo Jesús no pidió a todos y cada uno de los que se encontraron con él un mismo modo de seguirle. No le pidió lo mismo a Lázaro que a Mateo, ni a Zaqueo lo que a Pedro. Pues bien, Marcos y Gertrudis decidieron seguir a Jesús, imitarle, abrazando su estilo de vida pobre, obediente y casto. Ellos querían hacer realidad el que Cristo se entrañara en el corazón del mundo para hacer así presente el Reino de Dios. Y esto sólo era posible desde una vida consagrada en la que se practicaran los consejos evangélicos, como don de Dios y gracia que

hay que conservar y acrecentar día a día. Los fundadores así lo vivieron y, además, lo transmitieron por escrito a sus hijas.

El querer seguir a Jesús más de cerca, llevó a los fundadores a hacer un gran esfuerzo por conocer y comprender el mundo y cuanto hay en él. Aunque, iluminados por el evangelio y la persona de Jesús, Marcos y Gertrudis cayeron en la cuenta de que el mundo, dañado por el misterio del pecado, no deja de ser un constante peligro que, como a Jesús, no deja de tentarnos y seducirnos para apartarnos de los caminos del Reino.

Ambos hermanos, como los primeros discípulos, se sintieron enviados al mundo para que el mundo creyera, se convirtiera y alcanzara la vida eterna. La vocación del discípulo es estar en el mundo, sin ser del mundo (cf. Jn 17,14.16). Así pues, como seguidores de Jesús según el estilo de Marcos y Gertrudis, las Hermanas Filipenses, hemos de saber transmitir la Buena Noticia del Reino de Dios a este mundo y en las circunstancias que nos toque vivir para que el mundo crea y se salve. Esa es la voluntad de Dios y es, además, el único camino de salvación del hombre, o sea, de verse libre de la esclavitud del dinero, del tener, de su egoísmo y vanidad.

En el camino de la perfección, de la búsqueda del sentido de nuestra vida, fácilmente descubrimos que somos seres limitados, sometidos a las reglas del espacio y del tiempo, lo que conlleva sufrimiento y dolor, enfermedad y muerte. Así pues, la cruz, tarde o temprano, nos sale al encuentro, y es de sabios estar preparados y esperarla. Marcos y Gertrudis vivieron la espiritualidad de la cruz, pues eran conscientes de que la cruz te toca, mucho más por el hecho de seguir a Jesús. El creyente, lejos de escandalizarse ha de saber abrazarse a ella y cargarla. Por tanto, así como Jesús aceptó la cruz sin merecerla, nosotras, sus seguidoras, al estilo de Marcos y Gertrudis, hemos de saber aceptar las cruces del camino, que vienen dadas por nuestra condición caduca, por el roce de cada día, por nuestra forma de ser, y, sobre todo, por el hecho de haber sido llamadas a seguir a Jesús y habernos querido configurar con Él.

Nos podemos preguntar ahora: Y todo este camino ¿por qué? Porque Dios nos llama a ser santos, y esto solo es posible con la gracia de Dios, desde el camino de imitación a Jesucristo, que implica cargar con la cruz, y así llegar a ser felices, que es el deseo y la meta que todo ser humano busca. Como decían Marcos y Gertrudis, que todo lo que hagamos sea para gloria de Dios y así podamos alcanzar la felicidad deseada.

Marcos hacía una llamada insistente, todo pasa por nuestro corazón. Según sea nuestra fidelidad, la vida de la Hermana Filipense estará configurada por la profundidad o la superficialidad, es decir, su vida podrá ser más o menos feliz (cf. Instr. 22-29).